

# No me esperes en Bosnia-Herzegovina



Édgar **Caballero Monjarás**

Facultad de Filosofía y Letras

**Fragmento de la novela marina de un hombre en la víspera de su fin**

El Sjölstrom naufragó. Aunque las causas nunca fueron precisadas, ello no tiene la menor importancia. No la tiene el naufragio mismo, de hecho. Si se piensa en la infinidad de embarcaciones que en el transcurso de los siglos han sucumbido ante el incierto mar, nos persuadiremos de que un naufragio más no es significativo en modo alguno.

En el fondo oceánico, atrapados entre arenas y arrecifes de coral, descansan decenas de miles de embarcaciones de todo tipo. Gigantescos buques, lanchas, bergantines, galeones,

piraguas, balsas, canoas, botes, veleros, barcos pesqueros, de guerra, mercantes, piratas, de vapor, superpetroleros, trasatlánticos, portaaviones, etcétera. Desde los más rudimentarios artificios para navegar hasta los imponentes submarinos fulminados en las grandes guerras. Por no mencionar al Titanic, cuyo garrafal fracaso y hundimiento dejó atónitos a los hombres del naciente siglo. Incluso la Atlántida se fue a pique hace milenios, ¿por qué llorar entonces? Un navío más, un día más, una tripulación más.

► 41





A nuestro hombre la muerte le sorprendió pensando en Charlotte, su amada francesa en Nueva York. Se encontraba en altamar, plácidamente sentado sobre los oscuros bultos que transportaba el Sjölstrom, fumando un habano de singular suavidad. Entre suspiros, evocaba los cálidos labios de ella. En ese preciso instante y sin más motivo aparente que el destino, el barco empezó a hacer agua de manera incontenible. Cundió el pavor. Hubo imprecaciones en inglés, ruso, alemán, finés, sueco, noruego, lapón, holandés y francés. Había un negro a bordo, del Brasil, y un chino que fungía como cocinero, así que hubo también imprecaciones en chino y portugués.

Hubo incomprensión, confusión, pánico. Se buscó por todos lados la avería, no se la logró encontrar. En la desesperación se arrojó por la borda al chino, al negro, la comida, los camastros, los recuerdos, pertenencias, implementos, vestiduras, dagas, anclas, redes, pesca, velas, mástil, cuerdas, cajas, armas, latas, baúles, mascotas, patas de palo y todo aquello que pudiera ahorrar peso. Incluso, error fatal, se deshicieron irreflexivamente del bote salvavidas, que se alejó con una velocidad inusitada sin dar tiempo de enmendar y se perdió de una forma tan rápida e incomprensible que de inmediato ganó adeptos la antigua idea de que el mundo es un enorme dado en cuyas esquinas el océano se precipita de manera vertical.

Dejaron, pues, en completa desnudez al barco. Pero en vano. En menos de diez minutos el Sjölstrom era ya sólo un arañado palo mayor en inminente peligro de extinción total. Escasos dos minutos más tarde, las gélidas aguas lo habían engullido por completo y la tripulación sumergida no era más que un puñado de hombres amoratados.

Nuestro hombre fue de los primeros en ahogarse. Al sentir el agua, helado hasta el espanto, a nivel de sus rodillas, supo que aquello era irremediable. Así que interrumpió la estéril tarea



de lanzar el mundo al mar y corrió a su camarote en busca del dinero que había estafado a un par de ingenuos italianos antes de zarpar de Nueva York.

A medio trayecto hacia el dinero, el barco tuvo un súbito estertor, provocando un poderoso estruendo que le hizo pensar que el cielo entero se había descuajado. Sin dejar de avanzar por esta especie de pantano sobre el mar, volvió el rostro hacia el cielo con pavor ensombrecido y constató, no sin cierta amargura, que el firmamento estaba igual que siempre. A la expectativa, investido de su habitual intrascendencia. Comprendió entonces que la vida y el mundo seguirían sin él, a pesar de sus pesares.

El cielo seguía igual, pero el nivel del agua había subido de golpe hasta la cintura.

Oyó los ensordecidos gritos de sus compañeros de tripulación, pero no los entendió. Tal vez se lamentó, ya inútilmente, de no haber aprendido otros idiomas. En este punto, nuestro hombre pudo haber regresado sobre sus pasos e intentado unirse al resto de marinos quienes, enloquecidos, habían conformado una cadena humana, amarrando sus destinos entre sí mediante una gruesa cuerda. No podrían separarse ni en las buenas ni en las malas. Nuestro hombre decidió, en

## No lucharía por la vida como un perro

cambio, que de nada vale la salvación si no hay medios para afrontarla. Iría por el dinero, pues, aun a costa de su vida (la posibilidad de morir le pareció, una vez más, como siempre, como a todos, extremadamente improbable, por lo demás).

Llegó a su camarote, penetró en él ya con el agua hasta el cuello, se sumergió como en una oscura ciénaga e intentó, en su inmersión, localizar la pequeña llave que ocultaba entre las tablas del piso. Repitió la operación varias veces y cuando por fin la localizó con las uñas destrozadas y las manos ensangrentadas por lo febril de la búsqueda, el nivel del agua era hasta el cuello. A tientas logró encontrar la pequeña caja de madera que escondía con recelo sus tesoros más preciados, o los únicos: cien dólares y un rizo perfumado de Charlotte.

Con los brazos en alto y el agua hasta el mentón introdujo la llave en la diminuta cerradura. Abrió la caja, metió los maltrechos dedos y buscó milímetro por milímetro. Fue entonces cuando sintió una punzada en el vientre. Bajó la caja a la altura de los ojos (ya el agua le alcanzaba la nariz) y comprobó incrédulo que el dinero no estaba. Ni el rizo de Charlotte.

Alcanzó a percibir cómo su destino se vaciaba por completo bajo el agua. Parpadeó con perplejidad. Sus manos soltaron la caja, todo él permaneció inmóvil. La caja naufragó inmediatamente, semejando una réplica en miniatura del Sjölstrom. De haber tenido





lágrimas, nuestro hombre habría llorado. O tal vez lo hizo y el agua trastocó este pormenor tan elocuente.

En realidad murió en ese momento. El resto considerémoslo una segunda muerte.

Con el agua hasta los ojos había catalizado de improviso, y sin siquiera proponérselo, los más profundos procesos de maduración de la conciencia ante la vida y alcanzado de este modo la antesala de la gran coronación, los linderos del fin de la existencia: había ganado la muerte.

Había traspasado las barreras del pavor y la esperanza, perdido toda capacidad de reacción ante la vida y, por encima de todo, se había percatado de no ser sino el juguete de alguna cruel diversión divina. ¿De qué otro modo explicar el extremo absurdo de todo aquello? Abjuró de aquel oprobio y quedó inerte, firmemente decidido a no seguir desempeñando el patético pa-

pel caracterizado hasta entonces para solaz divino.

No lucharía como un perro por la vida, no lo haría en absoluto. Cuán equivocados estaban si habían creído que lo haría. Estoicamente resignado al fin, no se preguntó siquiera cómo diablos habían desaparecido sus tesoros de la caja. ¿Tiene algún sentido preguntarse algo en el instante previo de la muerte, a sabiendas que el fin llegaría antes que la respuesta?, pensó nuestro hombre sin darse cuenta que de este modo igualmente formulaba una pregunta. Antes que llegara la respuesta, el agua lo cubrió por completo.

Lo que un hombre tarda en ahogarse es discutible. Nuestro hombre tardó sólo un par de minutos. Minutos durante los cuales, muy a su pesar, no pudo mantener su estoicismo. En escasos diez segundos que a él se le antojaron llenos de eternidad, cayó en la cuenta de que con toda seguridad morir así, parado y resignado bajo el agua, era el verdadero plan que la divinidad había concebido como supremo deleite. Además la voluntad es una cosa y los instintos otra. De modo que nuestro hombre, estibador danés descendiente de Erik el Rojo, se convulsionó y miró desencajado en derredor: el cuarto no era más que una pecera, y él un pez.

Reteniendo el contenido inapreciable de sus pulmones se precipitó buceando con locura hacia la puerta, giró el pomo con viscosidad y comprobó, ya sin sorpresa, que mientras él había buscado con delirio su dinero y un recuerdo, el universo había sufrido una recomposición total, y el aire había sido excluido.

Tal vez ya sin darse cuenta se acordó de Charlotte.

Por asociación de ideas pensó en el resto de mujeres que lo amaban con locura en cada puerto. Su última visión fue loca, de su madre, y expiró ●